

# Índice



|   |     |
|---|-----|
| Prólogo.....  | 11  |
| El arte de hacer <i>cançons</i> .....                 | 15  |
| La luz de Sevilla.....                                | 19  |
| La infancia es una ola que regresa .....              | 23  |
| El legado de la Nova Cançó.....                       | 27  |
| Nunca es tarde para llorar una canción .....          | 43  |
| Vivir en las canciones .....                          | 55  |
| <i>Barcelona, ciutat gris</i> .....                   | 83  |
| Una canción inesperada y alguna canción de amor ..... | 101 |
| Planeta silencio.....                                 | 117 |
| Vacaciones pagadas.....                               | 137 |
| Joyas robadas.....                                    | 151 |
| Ahora que tengo cincuenta años.....                   | 157 |
| Las noches eternas de San Remo.....                   | 165 |
| Invocando a Oscar Wilde .....                         | 173 |
| La vida al sol .....                                  | 185 |

|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| Versionando a Aute .....            | 195 |
| Anatomía de la melancolía .....     | 203 |
| Las manos del pianista.....         | 217 |
| Epílogo.....                        | 221 |
| Apéndice .....                      | 229 |
| Discografía de Joan Isaac .....     | 231 |
| Colaboraciones y otros discos ..... | 239 |
| Decir Joan Isaac.....               | 241 |
| Agradecimientos.....                | 251 |
| Bibliografía básica .....           | 253 |
| Webgrafía.....                      | 255 |



## Prólogo

Quien canta  
su mal espanta

PROVERBIO POPULAR

**P**or más que estas líneas vayan al principio del libro y pueda parecer a primera vista que se trata de un prólogo, no es esa mi intención. Al menos no un prólogo al uso, de esos que se deshacen en halagos y carantoñas capaces de ruborizar al propio autor o caen en análisis que en nada ayudan a la mejor comprensión de lo que sigue y que a menudo sorprenden al propio prologado.

Lo primero, lo de evitar las carantoñas, es un reflejo que sale del pudor, no de la falta de ganas. Lo segundo, lo de huir de los análisis, se debe en parte a una dosis de prudencia y en parte al simple hecho de que no me siento capacitado para dictar cátedra ni en ésta ni en ninguna otra materia.

Además, desconfío de los prólogos. Jamás los leo, a no ser que los escriba el propio autor o —por no poderlo evitar— que sea yo quien los escriba. Aconsejo a ustedes que hagan lo mismo empezando por éste. Leer prólogos es una pérdida de tiempo parecida a la de oír afinar instrumentos a una orquesta y creer que esto nos prepara para disfrutar mejor del concierto.

Si me encuentro en esta contradicción, de la que trataré de salir lo mejor parado que pueda y, sobre todo, lo antes posible, es porque he sido invitado a participar del festejo que siempre es la aparición de un libro de estas características, cosa que agradezco. ¡Cómo negarme! Es una prueba de afecto y confianza, pero poco puedo añadir a las opiniones que vierte en este mismo volumen el brillante grupo de amigos, conocidos y compañeros de Joan Isaac acerca del protagonista, de sus canciones y de las circunstancias que concurren a lo largo de su vida y de su extensa trayectoria

profesional. Opiniones y comentarios que el lector puede encontrar al final del libro, supongo. No obstante, me gustaría resaltar la perseverancia, la tozudez con la que Joan Isaac ha remado con sus canciones, a menudo a contracorriente de los tiempos y de las imposiciones del medio. Si alguna vez le asaltó el desánimo, se tomó un respiro y volvió a la carga más decidido.

Cuando apareció con sus primeras canciones, empezaba a envejecer como movimiento la Nova Cançó. Algunos de sus integrantes habíamos tomado el camino de la profesionalidad y con la llegada de los nuevos y democráticos administradores locales la Cançó, otrora heroico bastión de la catalanidad, pasó a la condición de prescindible. Había cumplido sus objetivos y los intereses de los gobernantes eran otros y superiores y a la Cançó le dieron “bon vent i barca nova”. Lo digo sin reproches, pero con memoria. “Un país no és cap negoci...” dice en una de sus canciones Joan Isaac. No sé qué quieres que te diga. Hay quien piensa que sí, Joan, aunque éste no es tu ejemplo.

Dicho todo esto, en el caso de que no hayan seguido mi consejo acerca de los prólogos y aún sigan ahí, tengo la sensación de que lo mejor que podría hacer es despedirme de ustedes, dándoles las gracias en nombre propio y en el de todos aquellos que con mayor o menor fortuna ejercemos el oficio de cantar por habernos podido dedicar a ese menester, ni que haya sido a tiempo parcial. Si piensa el lector que somos unos privilegiados, coincido con usted. Hacemos lo que nos gusta, nos pagan por hacerlo y además acostumbran a darnos mesa en los restaurantes sin reserva previa.

Cuando hablamos de cantar, del canto y de quien lo practica, no hablamos tan solo de los que tienen la fortuna de practicar el oficio, sino de un arte que ha vertebrado la sociedad. A pesar de que hoy en día se haga tan extraño oír cantar a los albañiles en los andamios, como escuchar que sube por los tragaluces la canción de alguna mujer mezclada con olores de fritangas, el lector también coincidirá conmigo en que cantar es algo demasiado importante como para dejarlo exclusivamente en manos de los profesionales.

Cantar es una manera de vehicular los sentimientos y las emociones. Por eso la gente canta. En el norte, en el sur, la gente canta cuando es feliz y cuando le duele el alma. También cuando está aburrida, la gente balbucea canciones en voz baja, de forma casi inconsciente, a tientas, en la penumbra. Para bendecir la luz o para ahuyentar los fantasmas que los envuelven, la gente canta. Canta cuando trabaja y cuando hace la guerra. Para celebrar la llegada de un nuevo miembro de la tribu o para llorar su desaparición, la gente canta. Cantamos por el gusto de cantar. Porque cantar nos da placer y mitiga los dolores. Cantando compartimos lo que amamos y enfrentamos lo que nos incomoda. “Quién canta, su mal espanta.”

Escribimos canciones y las cantamos para expresarnos. En un ejercicio de higiene, las canciones remueven nuestro mundo interior y, del mismo modo que otras partes de nuestro organismo, expulsan sus humores. Dejamos que affloren

sensaciones y sentimientos por necesidad y, al mismo tiempo, para conjurar los demonios y rescatar sueños con la esperanza de convertirlos en modestas realidades.

Pero también escribir canciones y cantarlas es un modo de compartir con los demás nuestro pequeño universo. Una manera de comunicarse con el resto de la humanidad, con el prójimo, con otro, con alguien más, aunque se trate solo de nuestro vecino. Tal vez para algunos, los más afortunados, escribir canciones y cantarlas puede llegar a convertirse en un oficio, en una más o menos honesta manera de ganarse la vida. Pero eso es harina de otro costal.

Algunos nos reconocemos en el doble oficio de *escribidores* de canciones y cantores, una tipología más conocida como “cantautores”, a la que pertenece Joan Isaac, un respetable farmacéutico a quien, si no escribiera canciones, probablemente nunca se le hubiese pasado por la cabeza subirse a un escenario a cantar profesionalmente; de la misma manera como tampoco escribiría canciones si cantar no le gustase más que descifrar ilegibles recetas, preparar brebajes o despachar aspirinas.

De otros aprendimos el oficio de escribir canciones y cantar. De otros que antes lo aprendieron de otros, y tal vez lo que nosotros hagamos pueda ser de alguna utilidad a los que siguen. Descubrimos el oficio a medida que lo practicamos. *Se hace camino al andar*, diría Machado y añade Darwin: “la función hace al órgano”. Pero, comentó alguno que no era Machado ni Darwin, “el hábito no hace al monje.” Es decir que cada uno lo cuenta como buenamente sabe y puede y que, como casi siempre, todo depende del talento de cada quien y del esfuerzo que cada cual aplique y también, inevitablemente, de la suerte que tenga o lo acompañe.

Los argumentos de las canciones están en uno, pero también están alrededor de uno. Son lo que sentimos y también lo que nos cuentan los demás. Son lo que somos, y también lo que nos gustaría ser. Son nuestra realidad, y también nuestra fantasía. Atentos a nuestro alrededor, con la argamasa de nuestros argumentos hacemos crecer nuestras canciones, para contarles como somos y qué pensamos pero también con la esperanza de que aniden en la memoria de aquellos con quienes las compartimos y su eco nos la devuelva.

Las canciones viven en la memoria personal y colectiva de las gentes. Las canciones viajan y nos transportan a tiempos y lugares donde quién sabe si fuimos felices. Todo momento tiene una banda sonora y todos tenemos nuestra canción, como tenemos nuestro atardecer y nuestra estación de ferrocarril. Esa canción que se hilvana en la entretela del alma y que uno acaba amando como se ama a sí mismo.

Con un poco de apuro acabo de darme cuenta de que, a pesar de haberme despedido por lo menos dos veces, aún sigo aquí, como esos invitados a los que no hay manera de sacarse de encima y aunque ha pasado un buen rato desde que les pusieron el abrigo y les dieron las buenas noches, permanecen en el zaguán dando a la matraca sin que sea posible cerrar la puerta. Perdonen. Juro que ahora sí me voy.

Decía Epicuro que de todos los bienes que la sabiduría procura para la felicidad de una vida entera, el mayor con mucho es la adquisición de la amistad. La vida

no siempre nos concede el tiempo y la intimidad que requieren la amistad y las confianzas. Hoy todo es demasiado precipitado. Pero aunque no nos frecuentemos como deberíamos, nos basta con saber que los amigos están ahí y que puedes contar con ellos. Lo que le pasa a un amigo te pasa a ti. Su dolor y sus angustias son las tuyas como lo son sus alegrías y sus éxitos. Este libro también.

Sirvan estas líneas para dejar constancia por escrito del respeto y admiración al colega, y a pesar de ello, buen amigo con quien comparto viejas fidelidades y al que me une la manera de entender este oficio de escribir canciones y cantarlas. Dentro del panorama de la canción, Joan Isaac es una voz que corta el pan del silencio con cuchillo cotidiano y un representante emblemático de la canción sin fronteras.

Y, ahora sí, si me permiten...

Joan Manuel SERRAT



## El arte de hacer *cançons*

Callan las cuerdas.  
La música sabía  
lo que yo siento.

Jorge Luis BORGES

**H**acer canciones cara al *vent*, a fuerza de noches en vela, de despojarse de toda vestidura hasta encontrar la esencia del verbo hecho tango. Hacer canciones, viajar de aquel muchacho trémulo con guitarra al hombre maduro que se contempla hoy en el espejo, que aún siente la necesidad de buscar sentido en las palabras del canto. Hacer canciones, hallar respuestas donde antes hubo preguntas, como modo de clamar en los desiertos cotidianos, en las plazas públicas donde pasa, más bien ajena a los poetas, la muchedumbre. Ser y cantar con la guitarra como estandarte y la fiebre de un verso melodioso poblando la garganta. Son modos de resumir el *petit art* de la canción, la medida o la desesperación —según el caso— de quien elige el canto como oficio.

Cada quien modela canciones del modo que quiere. Unos se decantan por la banalidad, por la ausencia total de poesía, por la canción de consumo, por la música gastronómica, concepto éste que le léimos a Umberto Eco en el penúltimo capítulo de su libro *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*. Otros prefieren huir del convencionalismo y practican una canción con contenido, en la que el texto resulta relevante y en la que se percibe una indudable intencionalidad poética. Umberto Eco en el citado ensayo decía que una canción que exige respeto y atención, “significa además, aunque sea a nivel de una cultura de masas una opción culta... el primer escalón hacia una educación ulterior del gusto y de la inteligencia”. Como alternativa a un único modelo establecido habrá que celebrar siempre las canciones que no sólo están hechas para entretener a la audiencia sino que exigen del oyente una mayor implicación, una escucha más atenta, una cierta exigencia. No puede ser

lo mismo Raimon que Julio Iglesias, no puede ser lo mismo el cantor que se busca a sí mismo en los versos de Espriu que el que se decanta por un sentimentalismo más bien afectado en “Gwendolyne”. La opción de uno y otro importan y mucho a la hora de comparar la aportación de ambos al género de la canción, por mucho que pensemos como cierto personaje del cine de François Truffaut (véase para corroborarlo la película *La mujer de al lado*) que las malas canciones dicen la verdad.

El semiólogo y escritor italiano planteaba estas cuestiones estéticas en 1965 cuando ya había fermentado en España la Nova Cançó que toma como modelo la canción de autor francesa donde cabe situar la fuente de la que beben todos aquellos que creen en un tipo de canción con contenido. En esa línea se sitúa Joan Isaac, quien huye del término cantautor por considerarlo sumamente restrictivo y adulterado. Lo suyo será reivindicar que él hace canción de autor y con ello ya está ubicándose en un territorio estético, lírico y moral que no es el que suele preponderar en la “canción gastronómica” a la que se refería Umberto Eco.

La obra de Joan Isaac supone una dignificación permanente del oficio de hacer canciones. En su cancionero no advertiremos cambios bruscos de registro sino una creencia firme en un estilo, en una forma de desplegar melancólicamente un universo íntimo, de situar al hombre común frente a las circunstancias, despojado de todo lo accesorio. En eso la convincente poética de Joan Isaac es ejemplar y lo es desde los primeros tiempos, desde sus primeros recitales públicos y desde la publicación de su primer single que desató en nuestro protagonista una más que justificable corriente de alegría.

Podríamos situar a Joan Isaac —así lo ha hecho Miquel Pujadó— en lo que sería la tercera generación de la Cançó. La primera generación vendría a ser la de los pioneros con gente como Josep Maria Espinàs, Miquel Porter o Delfi Abella. Son éstos los que crean las estructuras que permitirán la aparición de una segunda generación absolutamente decisiva para el devenir de la canción catalana contemporánea. Espinàs es el primero que graba un disco (*Espinàs canta Brassens*, 1962) y es uno de los responsables de la creación del colectivo *Els Setze Jutges*. Su obra desarrollará un cancionero propio, muy influenciado por la canción francesa, y que se prolongará hasta el año 1966 en el que publica un EP con la discográfica Concèntric. El fin de los Jutges traerá consigo la retirada de Espinàs del circuito de la Cançó al que regresará como periodista —suyo es un libro dedicado en los años setenta a Pi de la Serra— y en su condición de autor y adaptador de canciones.

A los pioneros les seguirá la citada segunda generación de la Cançó donde ya emergen nombres ciertamente significativos y con una personalidad muy definida. Esta generación viene al mundo en los años cuarenta, dentro de lo que los historiadores denominan la primera posguerra. Es el caso de Raimon que nace en Xàtiva en 1940, de Serrat que lo hace en el barrio del Poble Sec de Barcelona a finales de 1943 o de Lluís Llach que ve la luz en Girona en la primavera de 1948. A esta segunda generación, que graba algunos de sus mejores discos en el tardofranquismo,

pertenece también gente del talento de Pi de la Serra, Maria del Mar Bonet, Ovidi Montllor o Guillermina Motta.

La tercera generación sería la de Joan Isaac y a ella pertenecerían los nacidos a principios de los años cincuenta: Ramon Muntaner en Cornellà de Llobregat en 1950, Joan Isaac en Esplugues de Llobregat en 1953 y Marina Rossell en Gornal en 1954. Sus primeras tentativas coinciden con los estertores del régimen franquista. El primer elepé de Joan Isaac se publica en 1975 y el de Muntaner (*Cançó del carrer*) ese mismo año. Marina Rossell no publicará su primer disco de larga duración (*Si volíeu escoltar*) hasta 1977.

En esta tercera generación hay quien se decanta por musicalizar poemas como sucede con Ramon Muntaner, con el grupo Coses o con Celdoni Fonoll. Marina Rossell es más polifacética y mezcla en su cancionero adaptaciones populares, poemas musicados y alguna que otra composición propia. Pero es Joan Isaac quien desarrolla realmente un cancionero en letra y música edificando una poética propia que algunos ligarán a las formas de Lluís Llach pero que más allá de las referencias le situará en un lugar preferente y ciertamente esperanzador dentro de esta tercera generación de la Cançó.

Víctor Claudín personalizará en Joan Isaac, Marina Rossell y Ramon Muntaner la vitalidad y el relevo de la Cançó a principios de los años ochenta. Escrito está en su libro *Canción de autor en España. Apuntes para su historia* (Ediciones Júcar, 1981). Es cierto que en este libro a Joan Isaac no se le otorga el mismo espacio que a Muntaner o a Marina Rossell, que son entrevistados por Claudín. Ambos expresan las dificultades con las que se encuentran a la hora de difundir su obra. De Muntaner se cita su recital con Joan Isaac en el Teatro Alfil de Madrid. Y la importancia en su discografía de *Presagi* —sobre poemas de Miquel Martí i Pol— que llegó a presentar en el Palau de la Música. Víctor Claudín vincula más a Joan Isaac con Brèl y a Muntaner con Ferré. De Marina Rossell recoge también testimonio e incluso se alude a Òscar Mas como parte de esa Cançó catalana emergente. De Joan se cita precisamente la madurez que alcanza con *Viure* pero no se profundiza en sus logros citándose muy someramente una entrevista que concedió para *Ozono* en el mes de abril de 1976.

Entre la épica contextual y la introspección lírica Joan irá siendo un constructor de emociones desde su primer elepé. En *Viure* —su segundo disco— grabará la clamorosa “A Margalida”, forma de rebelarse contra la injusticia del régimen franquista, forma de revelar también hasta qué punto una canción podía alcanzar una dimensión inimaginable, un lugar en la conciencia colectiva de quienes aspiraban a vivir en libertad.

Pese a que “A Margalida” nos lleve a un momento histórico muy concreto, a la sangre derramada de Puig Antich, no será nunca Joan Isaac un cantautor coyuntural. Sus melodías estarán a disposición de textos en los que se huirá de cualquier atisbo de demagogia. Joan viajará del yo al nosotros, de la huella personal a la huella

colectiva y siempre desde un marcado individualismo. Sus temas constituirán sobre todas las cosas un tratado vital, una mirada al mundo que le rodea y a sus propios fantasmas cotidianos. Como viajero de la melancolía hecha canción Joan Isaac sabrá trazar las líneas maestras en las que siempre se ha desenvuelto la canción de autor, una canción de autor que pareciera que en este país de todos los demonios —Gil de Biedma *dixit*— debiera andar siempre justificando sus principios.